

CARMEN AMORAGA

La memoria infiel



CARMEN AMORAGA
LA MEMORIA INFIEL



© Carmen Amoraga, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 14.204-2024
ISBN: 978-84-670-7268-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



1

Ha sonado el teléfono. Hace días que no me llaman. Lo he cogido pensando que alguien querría que fuese a limpiar a su casa porque he dejado carteles por media ciudad. Pero no. Una mujer me ha preguntado si yo soy yo y casi sin dejar tiempo para que diga que sí, que soy Salomé Olano, a bocajarro, me ha dicho que mi madre murió ayer. Ha rectificado enseguida. En realidad, no sabe cuándo ha ocurrido, ha dicho. Puede haber pasado en cualquier momento, no ayer necesariamente. Pero su cadáver lo encontraron hace poco más de veinticuatro horas. Una vecina contactó con la policía porque hacía un par de días que no la veía y los lamentos de su perro se oían a través de la puerta. No parecía llevar mucho tiempo ahí, en el suelo de la cocina. El perro estaba bien, pero nervioso. El bebedero todavía tenía algo de agua y le quedaba un poco de pienso en el otro cuenco. Mi madre también estaba bien. La mujer ha rectificado de nuevo. Bien, para estar muerta. Se disculpa. Está nerviosa, como el perro de mi madre. Eso no lo dice ella, lo pienso yo. Ella lo que dice es que mi madre realmente no murió ayer, pero no llevaba mucho tiempo *así*. Lo pronuncia de forma extraña, *así*, y baja un poco la voz, como si fue-

ra a contarme un secreto: menos mal que el perro no le hizo nada.

Ha vuelto a su tono normal para explicarme que les ha costado localizarme. No aparecían mis datos por ningún lado hasta que milagrosamente han dado con ellos, en un cajón en el que habían mirado ya varias veces, como si alguien lo hubiera dejado allí. Me habían buscado por todas partes, para decírmelo y para que yo les diga qué quiero hacer con su cuerpo. Saben que soy su única hija, su única familia, que solo me tenía a mí.

Mi madre no tenía mi número apuntado. Encontrarme ha sido un milagro. Me lo ha repetido muchas veces, disculpándose, pidiendo perdón a la hija de la mujer muerta que lleva horas en una cámara frigorífica porque no daban con ella, pero también con un ligero tono de reproche. Puede que se haya quedado esperando que yo también le pidiese perdón por haberle hecho perder su tiempo, y por llevar años sin hablarme con ella. Tantos años que al final me borró de su agenda, dejó de hablar de mí, olvidó que tuvo una hija, igual que yo olvidé que tuve una madre, hasta que hace un momento ha sonado el móvil y una mujer que no sabe nada de mí me ha dicho que ya no la tengo, que ya no la tendré. Nunca más.

Mi madre se llamaba Ana.

2

Miércoles

Al cabo de un buen rato, la mujer que me habla me dice que la disculpe, que no me ha dicho su nombre, que es Isabel y que me acompaña, mucho, en el sentimiento.

Yo le doy las gracias de forma automática, como si algo en mi interior estuviera preparado para vivir esa situación y para responder así. Para agradecer que me acompañen en el sentimiento, aunque yo no sé qué es lo que siento en este momento. Hace casi veinte años que no veo a mi madre, no sé qué aspecto tenía antes de morir ni cómo era su vida antes de que le pasara lo que fuera que le pasó en la cocina de esa casa que fue nuestra y en la que ha muerto, sola. ¿Cómo moriré yo? ¿Me sostendrá la mano alguien para que me marche sin miedo, si es que tengo miedo, o será un perro el que me vele? ¿Seré como mi madre, también en eso, o también en eso podré ser diferente?

Isabel me saca de mis pensamientos. Me pregunta qué quiero hacer. Le devuelvo la pregunta y le pregunto qué puedo hacer. Le digo la verdad. Que nunca me había imaginado que me vería en una situación así.

—En realidad, solo tiene que tomar algunas decisiones. En el seguro de decesos está todo previsto, aún en casos como este en los que interviene la policía, el forense... Ha sido un lío terrible, pero no hay mal que por bien no venga: el tiempo judicial ha jugado a nuestro favor para que hayamos podido encontrarla finalmente, Salomé. ¿Puedo llamarla Salomé?

—Sí, sí, por supuesto.

—Pues, como le digo, Salomé, su madre no era de esas personas que viven de espaldas a la muerte. —Me lo dice como si me estuviera revelando información confidencial—. Ella sabía que, como decía el poeta, nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir.

Mi madre nunca leyó poesía, dudo mucho que conociera ese poema. No se lo digo. Ella sigue hablando.

—Lo que le quiero decir es que tenía un seguro en el que está todo incluido y usted no tiene que preocuparse de absolutamente nada, ni pagarlo tampoco. Eso es una suerte, si me permite que se lo diga, porque en estas circunstancias casi nadie tiene la cabeza para encargarse de nada: que si la funeraria, que si los papeles, que si el tanatorio. A la gente le parece que los seguros de muerte son muy desagradables, a ver a quién le apetece pensar en estas cosas estando vivo, no crea que no me hago cargo. Pero es un error. No tener que ocuparse de ningún trámite es un alivio para los familiares del difunto. La aseguradora le facilitará el contacto de una gestoría que realizará los primeros trámites y que más adelante le ofrecerá la posibilidad de que, con un coste adicional, sigan con el resto de la burocracia de la defunción y de la herencia.

Guardo silencio, e Isabel lo interpreta como una invitación para que continúe con sus explicaciones, como si no me hubiera dado ya suficientes.

—A su madre se la velará en el tanatorio del pueblo, que se llama Tanamira, pero ella no había especificado si quería incineración o inhumación. Eso sí debería decirlo usted, y tendrá que escoger el ataúd. Y también debe elegir una mortaja de entre la ropa que su madre tenga en el armario o decir si prefiere un sudario. Se dan casos en los que las personas ya han dejado dicho cómo quieren estar vestidas en ese trance. Aquí vemos de todo, Salomé. Da para escribir un libro. Pero volviendo a usted, también ha de decirnos qué tipo de ceremonia de despedida, si religiosa o laica.

No sé qué decir.

—Son demasiadas cosas, lo sé, y más en su situación, que se le está viniendo todo encima de golpe. Si a usted le parece bien, yo puedo ayudarla a decidir, aconsejarla.

Me parece bien, y aunque no sé si llego a pronunciarlo en voz alta, ella prosigue:

—El modelo estándar del ataúd es muy socorrido y da muy buen resultado. La gente últimamente lo deja cerrado y coloca una foto bonita de la persona fallecida. Si escoge esto, se evita la mortaja. —Me lo dice como lo del perro que la ha dejado intacta, como compartiendo un secreto, y con el mismo tono, añade—: Yo creo que a doña Ana esto le parecería bien. Aunque usted conocía a su madre mejor que nadie.

¿De verdad? ¿Conocía yo a mi madre? ¿La conocía mejor que nadie? Porque para mí era un ser mezquino, una pésima madre, una mala persona. ¿Cómo se entie-

rra a alguien así? ¿Cómo me despido de alguien de quien ya me despedí hace años? Mi madre y yo ya morimos hace tiempo.

Son las cinco de la tarde. Hace un calor bochornoso. Me mareo.

El balcón está abierto y entra el ruido de los coches, el sonido de sus bocinas. Siempre hay alguien que tiene prisa, que apremia a los que van despacio. Siento que me pitan a mí. Decídase rápido. Díganos cómo quiere que enterremos a su madre. Acepte que ha sido una mala hija. Me mareo más.

Por la ventana de la galería se cuelan también las voces de las vecinas que llaman a sus hijos para la merienda. Una mujer le pregunta a su marido si quiere un café. El marido dice que no.

—Quiero merendar.

La voz llega clara y familiar.

—Mamá, quiero merendar.

Me tiran de la tela del vestido. Es mi hijo, que quiere merendar. Él insiste y yo reprimo las ganas de apartarle de mi lado, de colgar el teléfono, de fingir que nada de lo que ocurre está sucediendo. Le miro. Yo fui como es ahora él. Una niña. De pronto, me siento como si aún lo fuera. No sé qué hacer, qué decir, qué sentir.

—Solo faltaría decidir el tipo de ceremonia —insiste Isabel.

—Escuche... Yo no puedo, no me veo capaz.

Isabel lo comprende.

—Lo comprendo. ¿Puedo hablarle con franqueza, Salomé? —No espera a que responda—. Al pensar en usted, me he dicho a mí misma que era posible que no...

que no tuviese ánimo para decidir. Yo sé cómo era doña Ana, no me cuesta ningún trabajo ponerme en su lugar. Incineración y ceremonia religiosa sería lo más adecuado. No sé si eso le sirve de algo.

Ella sabe que mi madre le temía al fuego eterno de Dios, pero no a las llamas del crematorio. Mantuvo ese tipo de conversaciones con ella, sobre la vida y sobre la muerte, sobre qué hacer con su cuerpo cuando ya solo fuese un cadáver. Siento algo por Isabel, que al principio no sé qué es, pero enseguida me doy cuenta de que es rabia, envidia. Yo nunca hablé con mi madre de la muerte. Ni de la vida tampoco.

Mi hijo quiere merendar, me lo dice otra vez, y otra vez yo reprimo el impulso de hacerle un gesto, un gesto feo, para que se vaya y me deje en paz.

—Está bien, hagamos eso.

—Doña Ana está ahora en el depósito. Le han hecho la autopsia para determinar las causas del fallecimiento porque tenía un golpe en la cabeza, aunque está bastante claro que ha sido una muerte natural o un accidente doméstico. Nadie piensa en un asesinato ni nada parecido. Aunque hay que seguir los protocolos estamos todos convencidos de que murió y se golpeó o se golpeó y murió. El orden de los factores no altera el producto, si me permite este paralelismo, que suena a chiste, aunque no ha sido mi intención.

Se lo permita o no, ya lo ha hecho, y no da muestras de arrepentimiento por su broma de mal gusto, pero estoy demasiado aturdida para decírselo y ella sigue hablando.

—La autopsia suele tardar un par de días. Pensamos que mañana, pasado como muy tarde, podremos proce-

der al traslado al tanatorio, y ahora que la hemos localizado, con más motivo.

—¿Y qué es lo que se suele hacer?

—El velatorio puede durar las veinticuatro horas de rigor, pero, en este caso, que se puede demorar unos días más, si usted me lo permite, yo le aconsejaría que lo hiciera breve. Ya sabe cómo va esto.

No lo sé, pero tampoco se lo digo. Es la primera vez que se muere mi madre.

—En unas horas, pongamos por caso, en una mañana, los amigos y seres queridos pueden ir al tanatorio a despedirse de ella, a presentar sus respetos. Y luego, por la tarde, puede tener lugar la ceremonia religiosa y, a continuación, la incineración. Ambas se hacen en el mismo tanatorio. En el caso de la cremación, en unos días le darán las cenizas de doña Ana. Si prefiere un entierro tradicional, ya tiene que desplazarse al cementerio. Tiene incluidos en la póliza un par de vehículos de cortesía para los familiares. ¿Le parece que llevemos el cuerpo a partir de las diez de la mañana, en cuanto sea posible?

Me da lo mismo el día, la hora. Ya que Isabel hace chistes, se me ocurre decirle que me la suda el sudario, pero me callo. Solo quiero colgar, darle la merienda a Javi y descubrir si en algún lugar de mi cuerpo, de mi alma, de mi corazón, de mi memoria, de lo que sea, si en algún lugar, hay algo que sienta dolor o lástima por la muerte de mi madre.

3

En la nevera hay tres huevos, sobras de gazpacho, un tetrabrik de leche, salchichas con queso, dos hamburguesas de pollo, un envase mal cerrado de jamón york que se ha quedado seco y un yogur de beber. No he bajado a hacer la compra, y eso que le prometí a mi hijo que por la tarde haríamos creps o gofres con nata, pero hacía tanto calor que me ha dado pereza bajar a la calle.

Le pregunto si quiere un poco de gazpacho para merendar, y cuando me dice que no con cara de asco, le ofrezco el yogur, convencida de que así sí lo querrá y no me pedirá lo que no tengo, y efectivamente me dice que sí y que se lo quiere tomar en el parque. Me parece bien. Yo también quiero salir, que me dé un poco el aire. Le propongo coger la bici y acercarnos al río hasta donde los perros entrenan en el *Agility*, y se vuelve loco de la alegría. Me abraza, me dice que me quiere y que si nos vamos ya, inmediatamente, me querrá *maz* aún.

Pienso que mi madre se ha muerto sin saber que tengo un hijo, un hijo que me quiere y al que intento tratar con cariño, con respeto, como me gustaría que lo hubiera hecho ella conmigo. Me esfuerzo por hacerlo bien. Quiero hacerlo bien. Pero no siempre me sale. Nunca le

he pegado, pero sí le he dicho que le voy a pegar. Y que le tiraré los juguetes, también se lo he dicho, si tarda en obedecer una orden. Y si se hace el remolón para vestirse y vamos a llegar tarde al colegio, lo amenazo con obligarle a salir a la calle en pijama, con legañas, sin peinar. A veces le grito y le miro mal, casi con desprecio, y luego me arrepiento y me mortifico, y me lo como a besos, como si una cosa fuera a compensar la otra. Cuando hago eso, no lo de besarle, lo otro, lo de gritarle y decirle cosas horribles, sé que le doy miedo. Sé que se da cuenta de que en algún lugar, escondida, está una ira desmesurada y sin sentido que trato de mantener oculta. Oculta para él, para que nuestro pequeño mundo no sea un mundo hostil. Para que se sienta querido, protegido. Para que se sepa importante, invencible. Pero sé que cuando no lo consigo él me teme, porque si le digo que le voy a pegar, que le voy a tirar los juguetes, que le obligaré a salir a la calle sin vestir y sin peinar, me cree con la misma fe que cuando le digo que le quiero, que le quiero más que a nadie en esta vida, que no hay nadie que me importe más, que todo lo hago por él.

Dicen que el amor más incondicional es el de los padres a los hijos. Cuántas veces lo habré oído. Pero no es verdad. Hace poco escuché en la radio la historia de un niño de once años que llevaba viviendo solo desde los nueve. Su madre, que tenía mi edad, le había dejado allí para irse con un novio al pueblo de al lado. De vez en cuando le acercaba algo de comida, volvía a marcharse y le abandonaba de nuevo solo en un piso sin luz ni agua caliente. En la escuela no notaron nada; siempre iba aseado, hacía sus tareas, nunca dio motivos para que

enviaran una de esas notas de «queremos hablar con usted sobre el comportamiento de su hijo», y el niño nunca la delató. Fue un vecino el que la denunció. El crío lo único que hacía era quererla, querer que volviera, querer que le quisiera. Eso no lo dijeron en la radio pero yo lo sé. Lo sé. Lo sé bien.

La incondicionalidad está en el amor de los hijos a los padres cuando son pequeños. Luego crecen, y ese sentimiento que era indestructible y generoso, que se daba a manos llenas a cambio de migajas, se vuelve débil y se rompe. Eso fue lo que nos pasó a mi madre y a mí, y eso es lo que más miedo me da que le pase a Javi. No quiero que deje de quererme, que un mundo sin mí le parezca la mejor opción. No quiero que se vaya lejos, que huya del plural que formamos nosotros y se construya una vida para él solo. Y sin embargo, me molesta, Javi, como yo la molestaba a ella. Hace un momento, por ejemplo, cuando no me dejaba hablar por teléfono porque quería merendar, hubiera querido hacer que desapareciera, pero también otras veces, cuando me da por imaginar cómo sería mi vida de no haberle tenido. A dónde podría ir, ligera de equipaje, ahora que aquí todo parece haberse torcido.

Llevaba dieciocho años en Oficlean y desde que me despidieron no tengo trabajo estable, ni amigos, ni nadie que me retenga. Solo él. Sin Javi tal vez volvería a Ibiza. Ya no estoy para servir copas, pero podría intentar meterme en un hotel y aprendería idiomas y me esforzaría tanto que en poco tiempo dejaría la limpieza y podría pasar, qué se yo, a recepción, y en recepción seguiría estudiando inglés y haría un curso de masajes,

que se me dan muy bien, o eso me dice Javi, que cuando se los hago se duerme enseguida, pero llegados a este punto, ya se me ha colado en la fantasía y me doy cuenta de que ni siquiera lo podré intentar porque yo sin él no quiero ir a ningún lado, por mucho que me fastidie. Y entonces, a veces, muchas veces, me enfado: con él, por estar en mi vida, y conmigo, por no haber sabido evitar que estuviera y también por desear que no esté.

Soy una persona horrible. Porque la mayor parte del tiempo soy consciente de que si no fuera la madre de un niño como Javi, si no fuera la madre de Javi, mi vida no tendría sentido, porque hasta que no le tuve, hasta que no salió de dentro de mi cuerpo, yo no era más que alguien que no hacía otra cosa más que huir, de las personas, de los afectos, de los compromisos. Al principio creía que me alejaba de mi madre, luego pensé que era a mi pasado a lo que le daba la espalda y al final comprendí que era toda mi vida, mi vida entera, lo que me hacía correr bien lejos. No lejos de ella. Lejos de mí. Eso lo supe cuando nació Javi, que ya no quise desaparecer. No inmediatamente, porque inmediatamente solo quería que dejara de llorar, que durmiera más de dos horas seguidas, poder ducharme tranquilamente o no salir a la calle manchada de vómito o de mocos. No le quise cuando nació. Eso vino más tarde, cuando le conocí.

Sin embargo, mi madre me quiso desde el principio. Ella me lo dijo. Me dijo que me buscó, y yo a mi hijo me lo encontré sin buscarlo, y si me hubiera dado cuenta antes, seguramente ahora no estaría viéndole mirar cómo saltan obstáculos los perros grandes y cómo se meten por los túneles los perros pequeños mientras sus

dueños hacen lo que pueden para que no se peleen ni intenten montar a las perras. Los señala con el dedo y se ríe cuando se caen del tobogán, o cuando se huelen el ojo del culo.

Le faltan los incisivos superiores, y no le salen bien las eses cuando habla. Eso me da ternura. Pero no me hace falta que cecee para quererle. Le quiero. Le quiero muchísimo. Le abrazaría y le cubriría de besos cada vez que se ríe, o cada vez que llora, o cada vez que dice *erez* la *maz* guapa o cosas así. Ahora le quiero tanto que si pienso que le puede pasar algo, lo que sea, me empieza a doler tanto el corazón que creo que me está dando un infarto, pero cuando supe que estaba embarazada me habría deshecho de él de haber podido hacerlo. Eso mi madre no lo supo entonces, porque no nos hablábamos, ni lo sabrá ahora, porque ya no nos podremos hablar.

¿Qué me hubiera dicho? Se hubiera enfadado. Me hubiera dicho de todo, por haberme emborrachado, después de haberle reprochado tantas veces que ella bebiera hasta perder el sentido, o por haberme acostado con alguien sin tomar precauciones, yo, que cada vez que cambiaba de novio le recordaba que tuviera cuidado para no quedarse embarazada. También me habría echado en cara que me negara a ver la realidad, que me empeñase en creer que tenía un desarreglo durante cuatro meses o que el chocolate tenía la culpa de que la ropa se me quedase pequeña, y cuando todo resultó evidente, quizá me hubiera animado a deshacerme de él y se hubiera ofrecido a ayudarme dándome dinero. No le hubiera querido, a Javi. Si no me quería a mí, ¿cómo habría podido quererle a él?

Al principio sí me quiso, cuando no bebía, o cuando no le habían hecho tanto daño. No sé qué vino primero, si el daño o la bebida, o si fue todo a la vez. Pero sí sé que me quería. Por eso tengo este nombre tan raro, Salomé, que tantas burlas me ha costado en un mundo lleno de marías, de cármenes, de rosas, de pepas, de paquitas, de raqueles y de julias. Pero es que yo, cuando nací, casi me morí. Nací morada, flaca, falta de aire, sin llorar. Me lo contaba mi madre, que pasé semanas en una incubadora, que ella iba a darme de comer y que lloraba y lloraba, porque me había buscado tanto, porque no había parado hasta encontrarme, y ahora que me tenía, ahora que sabía cómo olía mi piel y cómo sonaba mi llanto, no quería separarse de mí nunca más, y si yo vivía, ella tenía que vivir, y si yo moría, ella tenía que morir, y el rato que no estaba dándome de mamar, lo pasaba en la sala de espera de la maternidad y el que no estaba allí, se metía en la capilla del hospital donde se encontraba a menudo con una monja argentina que se llamaba Salomé, pero se hacía llamar sor Eduvigis, porque Salomé no le parecía nombre de monja después de lo que le hizo al pobre San Juan Bautista. La cuestión es que veía llorar tanto a mi madre, con tanta angustia, que empezó a rezar por mí y ella, a cambio, le prometió que, si sobrevivía, me bautizaría con su nombre en cuanto saliésemos del hospital para que nos acordásemos siempre de que yo estaba viva por intermediación divina y por puro amor. Viví, pero mi madre terminó por olvidarse de la monja, de Dios y, sobre todo, del amor.

Javi no sabe quién es su padre. Nos conocimos por casualidad en una fiesta de Navidad a la que ninguno

de los dos quería ir, y si no fuera porque esa noche me quedé embarazada, no habría vuelto nunca a pensar en él. Sé pocas cosas de ese hombre que me cambió la vida. Sé que se llamaba Melchor y hacía bromas con su nombre de rey mago; que trabajaba en un banco, pero que aspiraba a trabajar en bolsa; que había ido a la cena de Navidad con sus compañeros, aunque no le apetecía salir, porque le hacía gracia una que trabajaba con él y que no le estaba haciendo ni caso y tuvo que conformarse conmigo; que bebía *gin-tonic* de Sprite con ginebra rosa y era generoso con las invitaciones, y por eso bebimos más de la cuenta; que desconocía la mayoría de las canciones que estaban sonando y que se comprometió a aprendérselas todas para la fiesta del año siguiente. No sé en qué banco trabajaba, ni si lo dejó para ser bróker, ni si consiguió salir con aquella chica que esa noche pasó de él, ni si volvió al mismo sitio un año después y le dio pena no encontrarme o ni siquiera me buscó porque no me recordaba. Para entonces, Javi aún no tenía cuatro meses y yo estaba de baja por maternidad.

No me acuerdo de cómo era, y yo me parezco poco a la que fui. Estoy más delgada, pero más ancha de caderas después del parto; aquella noche debía de llevar el pelo teñido de rosa, o de morado, porque me gustaba cambiar de imagen, y debía de estar guapa, porque solía cuidarme, maquillarme, comprarme ropa bonita. Ahora, nada de eso. Uso ropa cómoda que disimule mis complejos, que tengo para parar un tren. En la cabeza me haría un *buzz* o un *pixie*, pero no me atrevo. El corto no me queda bien. Me conformo con una media melena castaña porque tintarme me da pereza, y cuan-

do crece, me apaño con una coleta hasta la siguiente visita a la peluquería. A veces, me lo hago yo misma. Me refresco la técnica con tutoriales, y si queda mal, coleta de nuevo.

La cuestión es que Melchor podría estar en cualquier sitio. Podríamos coincidir por el parque, yo paseando a Javi y él paseando a su perro o yendo en bici o lo que sea que hace la gente que no tiene hijos cuando va al parque, y ni nos reconoceríamos. O a lo mejor sí tiene, hijos, y caminaría con ellos de la mano, abrazado a su mujer, que veo a muchas familias así y me pregunto cómo no se caen, cómo mantienen el equilibrio con tanto abrazo, y no nos daríamos ni cuenta de que él es él ni de que yo soy yo ni de que Javi es Javi y los otros, sus hermanos. Algún día Javi me preguntará, lo sé, y cuando llegue ese momento le diré la verdad, pero se la edulcoraré. Quiero decir, no creo que le diga: mira, me acosté con un hombre una noche que salí de fiesta y no me di cuenta de que estaba embarazada hasta que fue demasiado tarde para abortar. Hay ocasiones en que pienso que le diré que fui a una clínica y pagué por una inseminación artificial y que pedí que me inseminaran con el semen de un físico nuclear de Suiza o de Noruega, porque es listo y es tan rubio como si tuviera el sol dentro del pelo, y tiene los ojos claros, y no como yo, que los tengo marrones, y en mi fantasía él me pregunta qué es el *zemen* y yo me muero de amor. Otras me imagino que le digo que su padre y yo nos quisimos mucho, pero que le atropelló un camión cuando bajaba a tirar la *bazura* y no he encontrado todavía a un hombre que esté a la altura de aquel que nos arrebató ese accidente.

Tengo claro que le mentiré solo un poco, lo justo para que se sienta cómodo con la realidad que invento para él. Para que no se haga preguntas que no sepa responder. Quién es mi padre. Dónde está. Por qué no me quiso. Por qué se marchó. Las mismas que llevo haciéndome yo. Toda la vida. Y eso que sé las respuestas. No tuve que indagar demasiado: mi madre me lo dijo desde el principio. Mi padre se fue por mi culpa. No nos quiso, ni a ella ni a mí, porque yo lloraba mucho y no les era posible descansar, porque me pasaba el día pegada a mi madre y no les dejaba intimidad, porque hacía muchas preguntas y era agotadora, y como mi padre se fue, a mi madre no le quedó más remedio que empezar a beber, que dejar de quererme, porque la culpa de todo la tenía yo.

Así se ha muerto, sin querer a la hija a la que tanto buscó.